

Queridos hermanos sacerdotes:

Dejadme repetir la afirmación expresiva de nuestro compañero. Un año más, bien de mañana, habéis venido a *renovar el contrato*. Y lo hacéis con libertad entera y con generosidad a prueba.

1.- Para muchos llegar hasta aquí, esta mañana, es la magnífica suma de años de servicio en la Diócesis. Habéis soportado el calor y la sed, el estío y el desierto. También la bondad del camino. No temáis. Habéis amontonado gavillas entre vuestros brazos, y el Señor lo conoce. Y está contento de sus obreros. Para mí esta celebración es ocasión extraordinaria para reconocer vuestro esfuerzo diario y para agradecerlo de corazón.

En este reconocimiento debo nombrar también a los que venís por primera vez, os veis unidos a esta espléndida corona de compañeros mayores. Os acoyo, y sé que venís repletos de ilusión

Nos alegra también recordar a D. Pablo. Sesenta y tres años de ministerio sacerdotal cumplirá. Y serán cincuenta años de servicio episcopal entregados a nuestra Iglesia Diocesana. Hoy sabe que está presente entre nosotros en esta celebración. Sois, además, muchos los que habéis recibido la ordenación sacerdotal por sus manos.

Noto igualmente la presencia de nuestros compañeros misioneros. Desde lejos están viviendo con nosotros esta mañana de fraternidad. Uno de ellos, Miguel Ángel, nos los hace de modo especial cercanos, como cercanos están nuestros sacerdotes mayores, cargados de méritos y escasos de fuerzas físicas para venir, pero tienen la certeza de que los sentimos entre nosotros.

En mi oración he repasado, a la vez, a los sacerdotes que en este año han recibido la llamada definitiva del Señor y están agrandando nuestro presbiterio diocesano en el cielo, como intercesores nuestros.

Y veo a los diáconos, que, a corta distancia, recibirán el sacramento del presbiterado, y el próximo año, si Dios quiere, vendrán con el brillo y la humedad del crisma en sus manos. Y con mucha atención están mirando los seminaristas.

Así es de hermosa y clara esta mañana, que estamos viviendo. En el centro, Jesús, el Señor, con sus presbíteros, a los que llama amigos. Muy cerca, la buena compañía de una representación del Pueblo de Dios, habéis venido de muchas comunidades. Un presbítero nunca va sin la comunidad. Además, es fuerte el olor del aceite, como efusión del Espíritu, protagonista también en esta asamblea extraordinaria. El aceite, que hace sacerdotes, profetas y reyes. Esta es nuestra Iglesia Diocesana. Os saludo, hermanas religiosas y hermanos laicos.

2.- Os hablo, de nuevo, a los presbíteros: Al escuchar los textos de la Palabra de Dios, me alegra llamaros "*Sacerdotes del Señor*", "*ministros de nuestro Dios*". "Los que los vean reconocerán que son la estirpe que bendijo el Señor" (1ª lectura).

A Jesús, el saludo del libro del Apocalipsis, en el comienzo mismo, le llama el "*testigo fiel*," *el primogénito de entre los muertos, el Alfa y la Omega, el que es, el que era y el que viene, el Todopoderoso*".

Jesús, por último, en Nazaret nos describe el programa de su vida y lo acepta. "*Hoy se cumple esta escritura*". Estamos reviviendo la semana última de su vida. Cuando expire en la cruz, con voz potente dirá: "*Todo se ha cumplido*".

Es decir, Jesús ha sido fiel, ' el *testigo fiel*', el amén de Dios. Siempre es "sí" a Dios. Nos impresiona su fidelidad hasta la muerte.

Con admiración hoy recordamos que Jesús fue fiel al proyecto de su Padre. Lo recorrió palmo a palmo con el Espíritu, que le empujó y le conducía, Su tarea fue enseñar quién era el Padre

y cuál era su voluntad, dibujada ya en el Antiguo Testamento, hasta que llegó el “*momento culminante*”. Enseñaba también Jesús quién era de verdad el hombre, su condición y su dignidad de hijo de Dios.

Lo hizo con soberana libertad, sin ambición, sirviendo, curando, liberando. Fue fiel. Y la prueba dura de su fidelidad estalló en las largas y horribles horas de su Pasión. Hasta morir en el patíbulo de los malhechores públicos.

En otros momentos le pusieron trampas serias en su camino. En el desierto fue abiertamente el demonio, que volvió a aparecer en los momentos finales. Fue la gente que le ofrecía una corona real. Fue el propio Pedro, que, llevándose a parte, intentaba por todos los medios disuadirlo.

Jesús fue fiel. No le fue fácil ser fiel. Por eso hemos oído con gozo que es proclamado “*primogénito, Alfa y Omega*” y “*testigo fiel*”. De verdad, “*a Él la gloria y el poder por los siglos de los siglos*”. Acuérdate de Jesucristo: Incluso si somos infieles, Él permanece fiel.

Y es que Dios mismo es el Dios fiel. Fiel y clemente y rico en misericordia, y paciente. Se acordará siempre de la palabra dada. Porque Dios es fiel, empujó la historia y la empuja hacia su destino. El pueblo, por Él elegido, se volvió terco y tenaz contra Él. La Historia de la Salvación es una larga y penosa historia de resistencia al plan de Dios, de oposición, de abandono, de desobediencia. Al fin, el pueblo tendrá que cantar que Dios es fiel, que es eterna su misericordia y que su fidelidad dura por siempre.

Esto ocurrió. Así fue Jesús. Así es Dios.

Es cierto que Dios contó con mediadores fieles en todos los siglos, como Jesús tuvo seguidores de fidelidad probada. Ahora estamos nosotros. Tomamos la palabra y el relevo de los mediadores después de Jesús, el fiel. Venimos a renovar nuestros compromisos. “ Señor, te seremos fieles a lo que prometimos en la ordenación”.

3.- Venimos nosotros, reunidos en asamblea en esta mañana de luz y de esperanza. A vosotros, reunidos en grupos por cursos de ordenación, os he preguntado: “*¿Por qué estáis todavía en la misión? ¿Qué os mantenido después de tantos años, a veces duros?* Y me ha hablado vuestra fidelidad, probada y gozosa, que se ha fundamentado en Jesucristo, que se ha nutrido de la oración, que se ha apoyado en el compañero, y que ha escrito con fuertes rasgos de generosidad fiel años impresionantes de la historia de nuestra diócesis.

Recordaba vuestras conversaciones, que me subrayaban la afirmación del ‘testigo fiel’. San Lucas mismo habla del administrador *fiel* (12, 42) Y S. Pablo presenta la tesis de nuestro ministerio con esta afirmación: “*Lo que se pide a los administradores es que sean fieles*” (1Co 4,2) Está él a punto de terminar su carrera y confiesa que ha sido fiel: “*He guardado la fe*” (2Tm 4,7), porque fidelidad viene de fe. Y vosotros así habéis respondido a los que no admiten el compromiso “para siempre”. Y rechazáis, en el seguimiento de Cristo, el proyecto de vida “a tiempo parcial”, cambiabile a voluntad propia, fragmentado.

Me he puesto, por eso, a entrar en la fuente de la fidelidad, y me venía a la mente una multitud de alusiones.

La fidelidad siempre requiere *alteridad*. La fidelidad es a un amigo. Se es fiel a alguien, que tiene para mí autoridad. Cristo se ha ganado mi amistad y, además, es el ‘jefe’ indudable de mi vida. Es amigo de fiar.

La fidelidad genera *responsabilidad*. Respondo con todo lo mío a lo que se me confía, y lo que se me confía tiene un peso de enormes consecuencias. Se me confía la Palabra. Se me confía el rebaño. Se me confía la Eucaristía. Se me confía el perdón en nombre de Dios. Se me confía la comunidad de Jesús. Cristo confía en mí. La fidelidad crea respuesta, crea responsabilidad.

Es verdad que la fidelidad se nutre de *abnegación*. Me debo a Otro. Me debo a la misión. En el estadio todos corren y todos se abstienen. Las ideas están claras, la escala de valores en orden correcto, las convicciones son recias. El fiel es un expropiado por convencimiento.

Por eso, sólo se puede ser fiel con *humildad*. La grandeza de la fidelidad la sustenta la humildad. Es el saber estar. El saber mirar las manos de su señor. Cada mañana, al despertar, el sacerdote espera las órdenes del Señor. Y se pone a servirle. Llena este párrafo y esta actitud la figura y la vida de la Virgen María. Virgen fiel, servidora incondicional. A Dios le complació su humildad. Y así se convierte en ayuda y modelo de seguidores de Jesús.

La fidelidad la mantiene la *confianza reiterada*. Confianza en quien me envía. Sí, sé de quién me he fiado. Conozco la confianza que Él pone en mí. Se fía de mí.

Es cierto que la fidelidad aporta *unidad* de vida. Las permanentes y tan diversas actividades que nos solicitan se reducen y se funden en la fidelidad. La fidelidad cura, por esto, del rompimiento interior.

Es, además, muy *creativa la fidelidad*, porque mira y escucha. Porque pregunta y busca. Porque no conoce límites. Y, por eso, es fuente permanente de superación personal. Y en el corazón del sacerdote hace florecer la *alegría*. Llega la tarde o la noche. Se despide del Señor el buen sacerdote, cansado y sin fuerzas. "He hecho lo que debía. Te he sido fiel". Y enseguida se duerme.

La fidelidad siempre termina en *gratitud*. Sé que está conmigo el que me envía. Mi esperanza se hace firme, porque, a pesar de todo, Él es fiel y le estoy agradecido.

Completo este punto con palabras de Jesús, que expresan actitudes muy unidas a la fidelidad. Él hablaba de *mantenerse en sus palabras*: once veces repite el verbo *perseverar* en las pocas líneas de la alegoría de la vid; encargaba también *guardar* su palabra, y otra vez nos alienta el ejemplo único de María, Nuestra Señora. Guardar su palabra, y una palabra enteramente personal es: "Tú, *sígueme*". ¡Sígueme! Y agarra con fuerza la mancuerna del arado, sin volver la vista atrás, aunque te pegue el aire en la cara.

Esto supone renovar el contrato. Esta es la fidelidad, que da sentido pleno a nuestra vida entregada y da esperanza a las comunidades.

4. A la comunidad quiero hablar al terminar mis palabras. No os he tenido olvidados, queridos hermanos y hermanas, cuando estaba hablando con los sacerdotes. Si me habéis entendido bien, en la fidelidad del sacerdote entra su adhesión fuerte y sincera a Jesucristo. Pero cada sacerdote sabe que sólo le es fiel a Cristo, si, como Él, se pone a servir a la comunidad, que el mismo Señor le confiaba. Esa comunidad sois vosotros. Y ellos son los pastores que os da según su corazón.

Aquí están vuestros sacerdotes. Os pido que los queráis, y que agradezcáis al Señor sus vidas, su vocación y su misión. Es día de comunión en torno a este único altar. Nos preside el Padre. Nos une el Espíritu Santo. El aceite es abundante. Jesucristo nos hace sacerdotes en el Pueblo de Dios.

Cuando acabe la celebración, iréis todos a sembrar la Buena Noticia en todos los rincones de la Diócesis. Anunciad el Evangelio de la vida. El Señor ha derribado el muro y el muro es el odio. Anunciamos la paz. Desechamos el terror. Nadie tiene autoridad para arrebatar la vida a otro hombre. Ya murió Él por todos.

Sé que el Señor, contará con servidores fieles, y que han de venir quienes nos sucedan. Los empujará el Espíritu del Señor, que ama a esta su Iglesia. Se lo pedimos con fuerza y cada día.

A vosotros, hermanos sacerdotes, os mantendrá fieles el Señor, que en la noche de la Cena, rezó al Padre: "*Conságralos en la verdad*".